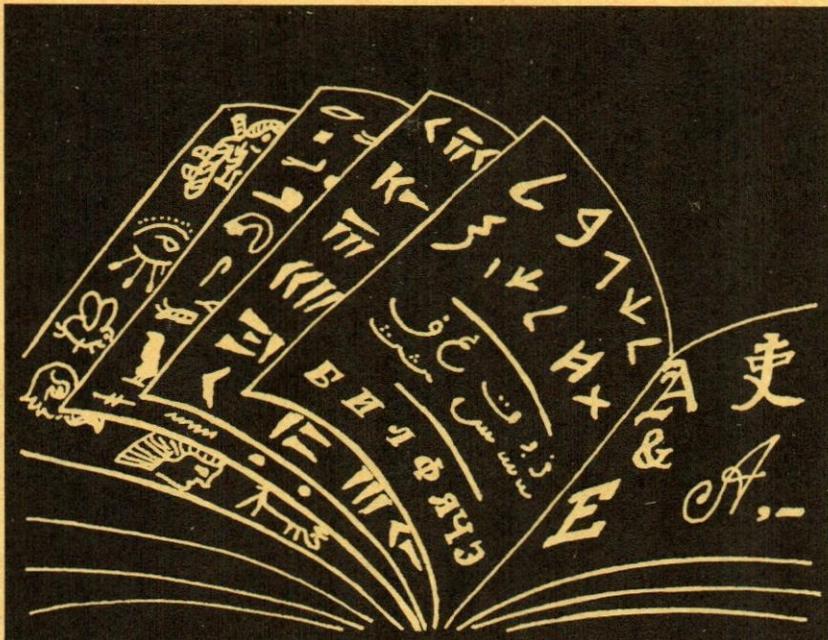

Arte y Literatura



"Los pasos de Egor"

Una obra literaria de profundas enseñanzas

JAIME MONTOYA CANDAMIL*

Este es un libro para mentes consagradas, que hacen de la lectura un hábito. O es un pasatiempo del aparente inculto; y se acomoda a todos los niveles culturales. También es un libro infantil, porque está lleno de aventuras.

Es filosófico, pues enseña a vivir la vida y nos la muestra. Es la propia conciencia, porque nos remueve las más profundas fibras del alma. Cada lectura sobre "**Los pasos de Egor**" es un descubrimiento hacia el amor erótico, endiablado y sutil. Por lo tanto, es un libro para adultos.

En "**Los pasos de Egor**", se tropieza uno con el camino empedrado de las desiertas almas. La pluma de Oscar Londoño Pineda nos muestra ese bosque de felicidad esquivo a la vista de los solitarios sin consuelo. Puertas, ventanas y portones, enmarcan una calle seductora para un viajero llamado Egor, sin fatiga de futuro. Perros sucios y con sueño, eran monumentos de hambre y abandono.

De la quieta provincia llega con el gusto acomodado, a fin de congraciarse pronto al espíritu de la urbe. ¿Un hotel? ¿Un inquilinato? Ni una cosa ni la otra. Una extraña señora recibe a este viajero de la felicidad sensual y

* Poeta, escritor, periodista, crítico de arte, y colaborador de la revista **Hojas Universitarias**.

le ofrece las incomodidades de la casa. Él lo acepta porque encontró una pieza a la que le daba el sol sin alabanzas. Así y todo, Egor es otro inquilino. Llega, y sin quererlo, con su presencia interrumpe momentáneamente la postal de los perros sucios y la soledad de un asiento sin volumen humano. Gatos llenos de fatiga parecían entregarse como alimento a la invasión de las ratas. Habitantes de pensión, sumergidos en el silencio y el aburrimiento, eran momias en cuevas de barro y ladrillo.

Es la historia de un Egor que se convierte en huésped de ciudad. Fuera de su casa busca el sosiego. Se oculta en su pieza y escucha voces, que van por el corredor en posesión de camándulas y oraciones.

Un pobre hombre se sustrae a la vida en un baño, asesinado por la soledad del inquilinato y la muerte de su fe. Nos deja como capital un par de pantuflas, dos toallas, una peineta y un fajo de hojas de telegrafista. Fue un coleccionista de sus propias desilusiones y desengaños. Pocos le ayudaron en las crisis de salud. Escribió su propia tragedia y en ese rostro se leía la tristeza. Conoció miles de telegramas inundados de felicidad y no comprendió por qué su nombre no apareció allí, en cincuenta años de trabajador infeliz. Es esa deslucida soledad, que como institución, con su presencia derrota a los enfermos del espíritu. Egor no es así; se presente.

Esta es una obra llena de imágenes literarias. No es fatigante su lectura en momento alguno. Las obras verdaderamente literarias se dejan leer despacio. Sus palabras están creadas para conmover, despertándole al corazón del lector una pasión por la solidaridad y el optimismo.

Se notan varias derrotas frente al amor y una espera voluntariosa de una familia, de un abrazo cariñoso que en las horas finales sirve tanto para tener en pie la vejez.

Allí el narrador presagia cosas, cual brujo que lleva escondida la llave donde retiene a la soledad. Egor es un apresador del desencanto.

Todo tiene un color y un sabor en **“Los pasos de Egor”**. El hambre y la incapacidad de sentir el tiempo o la nostalgia. Novela o cuentos cortos que le cantan a la vida, a la naturaleza de una queja, al susurro de los pájaros frente al precipicio.

Se vive el éxtasis de lo desconocido, se siente la necesidad de la unión de pareja ante la sorpresa de las miradas furtivas. Es el alma de Egor, una hospitalidad siempre en camino, que da alimento, protección, cariño.

"**Los pasos de Egor**" son un mundo de confidencias, son alimento a esas emociones que alejan la tristeza. O es la tranquilidad de las matronas de antaño. Fieles a sus principios querían dejar una sólida disciplina como herencia de sometimiento a sus hijos.

Egor les muestra el camino a quienes no lo han visto, porque la soledad del mundo los ha ennegrecido, les ha obstaculizado su visión. Es el oasis en el bostezo de un sueño, de una calidad de vida que está errante.

De esas vidas que se entremezclan en los turbulentos ríos de la pasión y los besos contaminados de humo en la oscuridad, en busca de una saciedad que se insinúa sexual. Es casi un duelo entre labios y bellezas en venta pública, porque cada uno nosotros puede considerarse con atributos físicos y en el mejor ambiente para merecer al otro.

Las voces de un reloj me hacen creer que el tiempo no avanza; son la luz que ilumina mi insomnio. Egor es un continente de historias. Así es esta novela. Múltiples caminos se nos presentan, o los podemos descubrir, inventar, soñar, o crear en la lectura.

Dejaremos de ser un pobre pueblo lector, cuando leamos obras tan maravillosas como ésta. Libros que nos pueden abrir las puertas hacia la universidad colombiana, tan baja en presencia estudiantil.

¿Será esa la culpa de que seamos tan malos lectores? Les recomiendo que empecemos una nueva vida con **Los pasos de Egor**. Es educativa, tiene alcances formativos, divierte como una receta para cocinar felicidad. Leer es un ejercicio, y si no lo practicamos diariamente, viviremos el sedentarismo de las ideas.

Como en un cuaderno donde se dibujan las entrañas de la vida, van comprometiéndose circunstancias, anhelos, ausencias. Cuando el abaratamiento se hace nostalgia de viento nuestro, aparece la derrota. Es una agonía en recuerdos.

Egor, nos presenta ideas. Vuelve propia la capacidad para ver, y nos hace sentir que somos semilla en los caminos del sol. Egor es bálsamo contra el temor de fabricar un mundo útil.

Es mamá clara esa luz. Retorno de un amor ennoblecido, que deja padecer las angustias, invitándonos a sentirla en el susurro de una semilla que crece. Es una dedicación a esos menesteres perdidos, huella indeleble de una dimensión triunfadora. No debemos esperar en silencio, pues podemos ser blanco de flecha en fuego ahogado.

Estos pasos me llevan a creer que cuando se ha entregado el amor, viene después una apatía y un desgonzamiento de la voluntad de sentir, de amar. Unas veces, tras la salida del apetito material, presumimos de una baja sensibilidad espiritual. Es esto lo que finalmente impulsa la fuerza física de la sexualidad, del compromiso. No hay deleite sin pasión, y no encontramos amor si no lo entregamos gratuitamente.

Pedir el amor, negar el amor, no es amabilidad de pareja amante, después del calor de una noche. No es cariñoso el misterio en estos sueños. Egor nos presenta una serie de imágenes eróticas para una vez se haya hecho el amor. Y cómo no es posible darle tratamiento de segunda a un ser que se le ha entregado a uno. Que le ha movido la memoria de la pasión interior.

Una entrega es un premio cuando está viva la fuente de ambos. El resto es discreción o es amor. Para mí, este libro se torna en un solo capítulo, como manual de afectos de una pareja para antes de hacer el amor. Al lado o al frente de una chimenea. Son los diálogos más bellamente eróticos que he leído en los últimos tiempos. Techamos con una maestría de cincel psicológico. Palabras encontradas para premiar los sentidos, o el intercambio de abrazos en la piel caliente.

En Egor se aprende primero a vibrar con el alma, para después recibir la entrega de una fuente corpórea, húmeda. Es un libro aleccionador, contundente. Para niños, porque no entienden el lenguaje de la intimidad; para grandes, porque ya saben de los gustos del cuerpo. Es una película de conquista, de corazones entregados pero orgullosos. Un éxtasis que bien puede parecerse a un cuerpo hecho oasis. Si hemos sido escogidos como seres pensantes, no podemos contentarnos con vivir la vida de los insectos.

Compañías que se entrecruzan en las noches bravías del erotismo, vuelven a despertar ilusiones donjuanescas. Egor nos presenta una escena in fraganti. Un novedoso diálogo entre un hombre pillado con su amante y el esposo ofendido. Se ve la tremenda potencia de quien se siente vigilante tras de unos pasos infieles. Y el supuesto conquistador, sin identificar a su oponente, lanza palabras envueltas en enigmáticos gestos, para hacer creer que él no tiene velas en esa oscuridad.

Egor nos muestra esas facetas como espejos críticos frente a un mal comportamiento humano, lleno de vicios y degradaciones serviles. Experiencias que ha recibido como quejas en las barandas de un posible confesionario de angustias.

Porque adivina de pies a cabeza las intenciones y las respuestas de una especial cultura y costumbres de los pueblos. Sabe pintar allí, muy bien, la malicia indígena, para ingeniar estructuras dialogantes, que sean satisfactorias a un buen interrogador que nos ha sorprendido con el cuerpo en lecho ajeno.

Se trata la prostitución femenina con el debido respeto a la mujer, en palabras que muestran la monumentalidad del problema, sin ofender ese pudor, esa ternura, esos cuerpos.

No se cansa Egor de proyectar su enamoramiento y aprovecha una agradable reunión de libros, para tener cerca a dos mujeres hermanas en la fresca sensación de la lectura. Es su deseo de toda la vida. Egor quiere acrecentar sus conocimientos y armonizar la calidez de su alma con un retiro de su vida profesional, a fin de acrecentar una permanencia intelectual, rodeado de discretas costumbres en las que el día y la noche no se encuentren. Para reencontrarse con los temas y que haya más aporte de las emociones.

Y Egor no es un hombre solitario. Ama estar acompañado. Una bella dama le deja oír frases de su lectura. Y él corteja esa compañía haciéndole un repaso visual a sus contornos y goces agitados. Egor hace de la música su placer erótico y sensual cuando siente que las notas se deslizan por el cuerpo de Vera entre vinos y silencios.

Era una zona de libros y se había convertido por la fuerza itinerante de

quienes allí estaban, en un mundo juvenil que amaba los recuerdos de una antigüedad consentida, pero testimoniada en el descubrimiento de las cosas bellas. “Mejor, todavía mejor, era admirar la cabellera de Vera suelta sobre sus hombros desnudos, el seductor ejercicio de su belleza, su color de trigo, sus gestos de avecilla asustada”.

Así, esa vida de Egor se proyecta creyente en la inmortalidad de las almas que han tenido como alimento espiritual los libros. “Debió ser el mismo que Vera y su hermana sentían abandonar la casa cada mañana en una interminable despedida hacia su propio misterio”.

Muy útil como texto para enseñar las sutilezas del sexo, sin que muestre necesariamente la conmoción interna que se produce cuando está de por medio el deseo. Vera, su hermana, Alfredo y Egor, eran los cómplices de esta salutación y comunión de amor. ¿Es Alfredo una compañía de Egor, o su fantasma lúdico para proyectar una compañía en ese festín?

Este libro lo pueden tener los monjes, no para que sea leído sino invocado. Se puede llevar a la playa nudista como enciclopedia para iniciar relaciones precedidas de aletazos, en la seguridad de encontrar allí el lenguaje más apropiado para ascender las escalinatas de la conquista.

Lo puede tener el matrimonio serio y apedantado, porque ese será su mundo de cuerpo entero. Y trémulos, mirarán sin hastío, una realidad, la más parecida a la sombra de su alma.

También es el libro de la prostituta, porque le devuelve a su carisma de cuerpo rodante, una infinita celestialidad de ave nocturna.

Pero Egor, amante como nunca, erótico como siempre, ahora recuerda a Katia cuando se perdían en tardes de amor con olor a pinos. Esos recuerdos lo llevaron a rehacer los pasos estudiantiles, por los caminos de la naturaleza verde, para que su piel sintiera el toque frío del césped, hijo de aquellas hebras naturales que sirvieron en ese clima húmedo de las parejas amantes.

Iba a la captura de recuerdos. A palpar el silencio y el lenguaje vivo de sus antiguos compañeros, como una añoranza ajustada a sus días de estudiante. Le gustaba hacer acercamientos fructíferos en ademanes

consentidos, con el cuerpo espiritual de su amada. Ya nada ni nadie existía en cuerpo físico de esa época de avanzada amorosa.

Así, se rendían sus anhelos y sus tazas de café. Sentía, por el llameante clima de sus recuerdos, esa vasta zona verde de sus anhelos; veía el rostro de Olenka; no podía aceptar no encontrarla; sabía que la reconstruiría, pero su atracción por ella era única y no tuvo respuesta en los nuevos estudiantes para hacerle su rostro, que con él, danzante, inventaría su cuerpo.

El olor a pino permanecía en esa lluviosa mañana y se sintió bien cuando perfumes y colores se hicieron suyos, para pasear su vista y tener la impresión de que estaba sintiéndola.

Una torrencial reflexión en la muerte, nos presenta Egor, quien no quiere ver sepultada su nostalgia sin antes contarnos en confidencia sus desgarramientos. Es lindo ver y escuchar al otro cuando tiene incendiada su alma. Es ese túnel oscuro abierto ante nosotros en brillantes ventanas llenas de temores y de enigmas.

Una actitud solitaria, en un mundo tan bello como el nuestro que ofrece tantas posibilidades para apacentar los ánimos, si es importante, si no nos dejamos sumergir en la indagación del todo negativo. Vivir es una palabra mayor ante morir.

Cuando nos enseña Egor erótico, es esa fase en predisposición para liberar nuestros oídos de las angustias noticiosas y disponerlo como la piel silenciosa a un auxilio sin ropaje funeral.

Una amplia extensión del mundo está iluminada para todos y no podemos renunciar a las calidades de la vida y sus sabores, así muchos deseen tenernos tras la fosa. Egor nos presenta una desvelada razón para morir, y una identificación total con la voluntad de existir. En un momento dado se navega a la deriva y Egor lo permite para afianzar sus convicciones de filósofo.

Podemos ser actores del vendaval o la derrota. Idealizar los ánimos hacia el futuro, sin mirar los reversos de la existencia, provoca un fermento que rechaza los asedios de un recorrido hondamente comprometido con la angustia.

En uno o en otro estadio de la vida, reincidimos o aplaudimos una claudicación. A fin de evitarla, es allí cuando surgen como columnas unos valores éticos que consignan nuestra lealtad a unos principios religiosos, de familia, de progreso intelectual, de trabajo honrado y humilde.

No hay imposibilidades para conquistar victorias y purificar el espíritu. No podemos restarle fuerzas a la vida. Egor nos ayuda a confrontarnos para alumbrar esos pasos que han cedido ante la tensión. Invita a transitar los caminos del mundo, a involucrarnos mágicamente en sus luces, a consumirnos presurosos en este deambular del sueño erótico que todos tenemos. A presentar fórmulas.

Indaga por nuestros padecimientos. Alienta esas fantasías que tenemos todos. Presiente la juventud de una piel silenciosa. Razona sobre los objetivos rebeldes del ser humano. Se resiste al absurdo del engaño. Y nos dice que su libro no es una fuente sino mil formas de pensar el comportamiento humano. Cada uno de nosotros puede ser una letra inicial para esas historias.

En el bullicio de la fiesta en que estamos inmersos desde el nacimiento, consumimos propuestas políticas, acertijos brujos, llantos de luna, anuncios de preámbulos grotescos, y sólo nos queda evadirnos de la fe ciega que encadena. Egor nos enseña a adoptar en este drama humana una calidez distinta, de noble corazón. Tener una fe, sí, pero con la misión de meditar sobre el campo del cultivo. Y con ese espíritu nuevo, saber si esas semillas se hicieron rosa en la jornada trasparente de lo humano.

Mirar el futuro sin sentimiento de inferioridad, nos hace gigantes. El tiempo de nuestros pasos está para ser descrito, pintado, adornado, mitificado con caprichos, magnificado en su eternidad. Haciéndole una indagación a lo humano, que es lo divino. Así nos haremos beneficiarios de una conducta dentro de una conciencia de fantasías y retornos.

Con principios morales, sin contrariar nuevos hábitos eróticos que nos entregan la libertad de poblar el mundo de seres elegidos, amados, estimulados. No somos enfermos en busca de una curación. Somos vidas ansiosas de una memoria símbolo, para mantener nuevas apetencias.

La mejor edad no tiene límites. Nuestro cuerpo es un mapa delirante con energías íntimas, que Egor suelta con todas sus fuerzas tras aceptarle la invitación a una mirada. Enriquecer esa compañía, alumbrar la orilla desbocada, en un claro principio de solidaridad y respeto con quien comparte el hecho amoroso.

La verdad, la propia verdad, es una premisa doctrinal de fina cosecha, hacia expresiones futuristas. Todos somos una historia y surgimos con planteamientos novedosos. Los rumbos de la vida son impredecibles y cada instante trae su intensidad auténtica.

Podemos reaccionar ante los encantos. Y aquí vuelve a surgir lo erótico seductor en Egor. Advertir el enigma. Responder al suspenso. Satisfacer las emociones. Acentuar el afán. Es una indagación secreta que gravita en toda relación amorosa.

Incertidumbres y cavilaciones le hacen una ronda a nuestra desconfianza. El ser que tuvimos poseído, puede ser herido si le fabricamos interrogantes de mercancía comprada. Lo encantador siempre es la permanencia, sin comprometernos en el afán coqueto de una pesquisa en otros patios. Egor nos describe una imagen sugerente sin tomar actitudes de verdugo amante.

Para tocar la sensibilidad del ser amado, Egor nos transporta en el coche de la fantasía bella y nos da sonidos graves cuando el tiempo del corazón está nublado y nos inventa música celestial de otros imperios cuando las caricias llegan a desnudar los poros de la pasión.

Son los diferentes sonidos en su desplazamiento auténtico, los que hacen inmodificable una dimensión para que reciba la vida otras vidas. Discreción y asombro en la serenidad punzante de lo material. El corazón de Egor perteneció a muchas divinas. Debía seguir recorriéndolo en los días, hacia la fabricación de otras experiencias, porque sólo así podían ser contadas en esta maravillosa obra que nos identifica con los momentos.

Son idénticos siempre. Son inalterables. Pertenecen a Egor. Se transforman de lo intrascendente en los pasos y cada vez nos comprometen más hacia un disfrute de excelencias de la vida. Y lo erótico va primero. "Acompáñame unas horas más. Lo necesito. En este momento más que

en cualquier otro. Hay ocasiones en que no podemos estar solos porque es como si nos faltara el aire".

Y esa es toda la situación. En la memoria quedan y retumban como ecos, esos gestos interminables de un corazón enamorado. Vivir para amar, es padecer por gozar. Pero frente a la corriente de hielo de la soledad, podemos levantarnos y conquistar gestos tiernos, que calmen la impaciencia.

Lo sentimental hunde sus raíces y esa agitación crea convulsiones y espasmos, desganos en el uno o en la otra, cuando lo material se aleja como fuente y queda el bagazo de lo espiritual permanente. Alimentarlo con besos y acercamientos en un recuento de conductas diamantinas, hace la necesidad sexual, una variante amorosa que sea torrente creativo en música floral con olor a nacimiento milenario.

"Los pasos de Egor" es un trabajo para alumbrar nuevas fuentes. Y saber volver al sitio fresco del lecho. Es lanzarse a recuperar esa fragilidad después de lo material y emocionar de alegría a nuestro cuerpo. Es la mezcla inevitable que el amor debe poner a cada parte tuya conquistable.

Egor, tras ese tránsito de la experiencia amorosa y sensitiva, entra a vivir su soledad hasta sentir la libertad. Y aquí se entristece en cuatro muros y una rejilla de luz. Vuelve a tocarse. A sentirse multiplicador. Transformador ante la agonía de los barrotes carceleros. Ama sus piernas, porque ellas le ayudaron a compartir la intimidad femenina.

Se siente detenido, aprisionado, derrotado por sus piernas flacas. Su memoria le insufla al corazón una potencia libertaria similar al poder del león, pero tan veloz como la crueldad de saberse sin compañía y en puntilloso silencio que le asfixia.

Cada parte de Egor se desliza de su cuerpo y parece contrariarlo. Su sangre se acerca a los confines de su corazón y le acompaña liberante para sacarlo de la agonía. Se desprende de su cuerpo yerto y le brinda tributos de entusiasmo a su memoria de no difunta.

Su corazón protesta. Le encierra en el pasado. Desactiva los recuerdos. Y esas mil cadenas enmohecidas se hacen ceniza, porque la acción de

Marlén aumenta el ascenso hacia la cima de la otra altura.

El corazón de Egor no puede ser vencido ni torturado, menos torturante. Hay una muerte física y una resurrección espiritual. Un rito de muerte ante el pecado. Una voluntad de libertad si el encanto es el deseo. Una llama que es aliento fresco y fuga en la búsqueda de muchas vidas.

Egor nos señala que vivir es una eterna angustia, para sentirla al lado de su corazón de perlas femeninas. Egor somos todos.

ÁNGEL G. DEL PINO

El corazón de Egor no puede ser vencido ni torturado, menos torturante. Hay una muerte física y una resurrección espiritual. Un rito de muerte ante el pecado. Una voluntad de libertad si el encanto es el deseo. Una llama que es aliento fresco y fuga en la búsqueda de muchas vidas.

Egor nos señala que vivir es una eterna angustia, para sentirla al lado de su corazón de perlas femeninas. Egor somos todos.

El corazón de Egor no puede ser vencido ni torturado, menos torturante. Hay una muerte física y una resurrección espiritual. Un rito de muerte ante el pecado. Una voluntad de libertad si el encanto es el deseo. Una llama que es aliento fresco y fuga en la búsqueda de muchas vidas.